

Goriot. Vamos, abrázale, Nasia. Mira cómo le abrazo yo, decía estrechando con furia á Eugenio entre sus brazos. ¡Oh, hijo mío! seré para ti más que un padre, seré una familia. Quisiera ser Dios para poner todo el universo á tus pies. Vamos, dale un beso, Nasia. No es un hombre, es un ángel, un verdadero ángel.

— Déjala, papá; está loca en este momento.

— ¡Loca! ¡loca! Y tú ¿qué estás? preguntó la señora de Restaud.

— Me muero si continuáis así, hijas mías, gritó el anciano cayendo en la cama como herido por una bala. ¡Me han matado! se dijo.

Miró á Eugenio la condesa, el cual permanecía inmóvil, estupefacto ante la violencia de aquella escena.

— ¡Caballero!... le dijo interrogándole con el gesto, con la voz y con la mirada, sin prestar atención á su padre, cuyo chaleco desabrochó rápidamente Delfina.

— Señora, pagaré y callaré, respondió Eugenio sin esperar la pregunta.

— ¡Has asesinado á nuestro padre, Nasia! dijo Delfina, señalando el cuerpo del anciano que yacía sin sentido, á su hermana, la cual huyó.

— La perdono, dijo el desdichado, abriendo los ojos; su situación es espantosa y trastonaría una cabeza más firme que la suya. Consuela á Nasia, sé buena para ella; prométeselo á tu pobre padre moribundo, dijo á Delfina, apretándole la mano.

— ¿Pero qué tiene usted? preguntó asustada.

— Nada, nada, contestó el padre, esto pasará. Siento

una cosa que me oprime la frente; algo de jaqueca. ¡Pobre Nasia, qué porvenir el suyo!

En este momento entró la condesa y se arrojó á los pies de su padre, diciendo:

— ¡Perdón!

— Más daño me haces con decirme eso, dijo el padre.

— El dolor me ha hecho injusta, dijo la condesa á Rastignac, llorando. Será usted un hermano para mí, ¿verdad? añadió, tendiéndole la mano.

— Nasia, le dijo Delfina, abrazándola, Nasita mía, olvidémoslo todo.

— No, yo sabré recordar...

— Ángeles míos, habéis desvanecido la nube formada ante mis ojos, exclamó el tío Goriot; vuestra voz me reanima. ¡Abrazaos otra vez! Dime, Nasia, ¿te salvará esa letra de cambio?

— Así lo espero. Diga usted, papá, ¿quiere usted poner también su firma?

— ¡Seré majadero!... ¡Mira que olvidar yo esto! Pero fué que me puse algo malo. No me guardes rencor por eso, Nasia. Cuando hayas salido de este mal negocio, mándamelo á decir. No, yo iré. Pero no, no iré, porque si veo á tu marido, lo mato. En cuanto á apoderarse de tus bienes, nos veremos. Vete en seguida, hija mía y á ver si consigues que Máximo tenga juicio.

Eugenio estaba estupefacto.

— Esta pobre Nasia, dijo Delfina, ha sido siempre así, violenta, pero tiene buen corazón.

— Ha vuelto por el endoso, dijo Eugenio al oído de Delfina.

— ¿Lo cree usted?

— Quisiera no creerlo. Desconfíe usted de ella, respondió, mirando al cielo como para confiar á Dios pensamientos que no se atrevía á expresar.

— Lo cierto es que siempre fué algo comedianta, y mi pobre padre se deja engatusar por ella.

— ¿Qué tal sigue usted, mi buen papá Goriot? preguntó Rastignac.

— Tengo ganas de dormir, respondió el viejo.

Ayudóle Eugenio á acostarse, y después, cuando se hubo dormido teniendo en su mano la de Delfina, ésta se retiró.

— En los Italianos esta noche, dijo á Eugenio, y me dirás cómo sigue. Mañana se mudará usted, señor mío. A ver su cuarto... ¡Qué horror! exclamó al entrar. ¡Pero si estabas aquí peor que mi padre! Eugenio, te has portado bien. Aún te amaría más de lo que te amo, si fuera posible, pero, hijo mío, si quieres hacer fortuna, no debes tirar así por la ventana sumas de doce mil francos. El conde de Trailles es jugador. Mi hermana no quiere reparar en semejante cosa. Muy bien hubiera podido ese señor ir á buscar sus doce mil francos adonde sabe ganar ó perder oro á montones.

Un gemido hizoles volver al cuarto de Goriot. Le encontraron en apariencia dormido; pero cuando los dos amantes se acercaron le oyeron estas palabras: « ¡No son dichosas! » Durmiese ó no, el tono de aquella frase hirió tan vivamente el corazón de la hija, que, acercándose al pobrisimo lecho en que dormía el padre, le dió á éste un beso en la frente. Goriot abrió los ojos, diciendo:

— ¡Es Delfina!

— ¿Cómo te encuentras? preguntó ésta.

— Bien contestó. No te inquietes; voy á salir. Sigán, sigán, hijos míos, sed felices.

Acompañó Eugenio á Delfina hasta su casa; pero, alarmado por el estado en que había dejado al tío Goriot, no quiso comer con ella y volvió al domicilio de la Vauquer. Halló al tío Goriot de pie y á punto de sentarse á la mesa. Bianchon se había sentado de manera de poder examinar á su sabor el rostro del fabricante de fideos. Al verle coger el pan y olerle para saber de qué harina estaba hecho, el estudiante, que había observado en sus movimientos la ausencia total de lo que podría llamar conciencia del acto, hizo un gesto de mal agüero.

— Siéntate á mi lado, señor interno del hospital Cochín, dijo Eugenio.

Y allí se fué Bianchon, con tanto más gusto cuanto que se hallaría más cerca del anciano.

— ¿Qué tiene? preguntó Rastignac.

— Si no me engaño, está perdido. Debe de haberle ocurrido algo extraordinario; me parece que se nos echa encima una apoplejía serosa. Aunque la parte baja de la cara está bastante normal, las facciones superiores se estiran hacia la frente, ¡fíjate! Además, la mirada denota la invasión del suero en el cerebro. ¿Verdad que parecen estar llenos de un polvillo menudo? Mañana sabré de fijo lo que hay.

— ¿Y eso tiene remedio?

— Ninguno. Quizá sea posible retardar su muerte si se encuentra medio de determinar una reacción

hacia las extremidades, hacia las piernas, pero si para mañana por la noche no han cesado los síntomas, este pobre hombre está perdido. ¿Sabes por qué acontecimiento ha sido determinada la enfermedad? Sin duda ha recibido un golpe violento bajo el cual habrá sucumbido su vitalidad moral.

— Sí, dijo Rastignac, recordando los rudos golpes que las dos hijas habían descargado sin descanso sobre el corazón del padre.

— Al menos, se dijo Eugenio, Delfina quiere á su padre.

Por la noche, en los Italianos, adoptó Rastignac algunas precauciones á fin de no alarmar demasiado á Delfina.

— Esté usted tranquilo, contestó la joven á las primeras palabras de Eugenio, mi padre es fuerte. Verdad es que esta mañana le hemos maltratado bastante. Están comprometidas nuestras fortunas, y ante la inminencia de una catástrofe semejante... Ya no viviría yo si el amor de usted no me hubiera hecho insensible á lo que ha poco hubiera considerado como una desdicha mortal. Pero ya mi único temor, la sola desgracia que hoy temo es la de perder ese amor, por el cual he sentido la alegría de vivir. Fuera de este sentimiento, todo me es indiferente; nada me seduce en el mundo. Usted es todo para mí, y si me alegro de ser rica, es para agradar más á usted. Con vergüenza confieso que soy más amante que hija. ¿Por qué? No lo sé, usted es toda mi vida. Si mi padre me ha dado un corazón, usted le ha enseñado á sentir. Puede el mundo entero censurarme... nada me im-

presiona, con tal que usted, que no tiene derecho á reprocharme nada, me indulte de los crímenes á que pueda arrastrarme este sentimiento irresistible. ¿Me cree usted una hija desnaturalizada? ¡Oh! no, es imposible dejar de amar á un padre tan bueno como el nuestro. ¿Podía yo impedir que acabara por ver las naturales consecuencias de nuestros desdichados matrimonios? ¿Por qué los consintió? ¿No le incumbía á él la misión de pensar por nosotras? Hoy día, bien lo sé, sufre tanto como nosotras; pero ¿en qué podemos remediarlo? ¡Consolarle! de nada le consolaríamos. Nuestra resignación le affligiría aun más que nuestras quejas y lágrimas. Hay situaciones en la vida en las que todo es amargura.

Mudo y emocionado tiernamente quedó Eugenio por la sencilla expresión de un sentimiento verdadero. Si las parisienses son las más de las veces falsas, ebrias de vanidad, egoístas, coquetas y frías, en cambio cuando aman realmente sacrifican más á sus sentimientos que las demás mujeres á sus pasiones; sus pequenezes se agigantan y llegan á ser sublimes. Eugenio estaba también asombrado del talento sereno y profundo que la mujer despliega para juzgar los sentimientos más naturales, cuando un afecto superior la separa y aleja de ellos. Contrarióle á Delfina el silencio que seguía guardando Eugenio.

— ¿Puede saberse en qué piensa usted? le preguntó.

— Estoy escuchando todavía lo que usted me ha dicho. Hasta aquí había creído amarla á usted más que usted me ama á mí.

Delfina sonrió, y resistió á la satisfacción que expe-

rimentaba para contener la conversación en los límites impuestos por las conveniencias. Nunca había escuchado las calurosas expresiones de un amor joven y sincero. Algunas palabras más, y no se hubiera contenido.

— ¿No sabe usted lo que ocurre, Eugenio? dijo cambiando de conversación. Todo París estará mañana en casa de la señora de Beauseant. Los Rochefide y el marqués de Ajuda Pinto se han puesto de acuerdo para que nada se sepa; pero el rey firma mañana el contrato matrimonial, y su pobre prima de usted aun no tiene noticia de ello. No podrá dejar de dar la reunión, á la que ya no asistirá el marqués. No se habla de otra cosa.

— ¡Y la sociedad se ríe de una infamia y toma parte en ella! ¿Por lo visto, ignora usted que eso puede ser para la vizcondesa un golpe de muerte?...

— No, dijo Delfina sonriendo, usted no conoce á las mujeres de esa especie. Todo París irá á su casa, y yo también iré. No olvido que le debo esa dicha.

— ¿Y no podría ser también la tal noticia uno de esos rumores absurdos que tanto menudean en París?

— Mañana sabremos la verdad.

No pudo Eugenio impedirse de gozar de su nueva habitación, y por tanto no fué aquella noche á casa de la señora de Vauquer. Si la víspera se había visto obligado á separarse de Delfina á la una de la mañana, aquella noche le tocó á Delfina separarse de él á las dos para volver á su casa. Durmió hasta muy entrado el día siguiente, y á las doce volvió la señora de Nucingen, con la cual almorzó. Son tan ávidos los

jóvenes de esas dichas íntimas que Eugenio casi había olvidado al tío Goriot. Era para él una fiesta constante el irse habituando al trato con cada una de las cosas elegantes que le pertenecían, y á las que Delfina de Nucingen comunicaba con su presencia nuevo valor. Sin embargo, á eso de las cuatro, los dos amantes pensaron en el tío Goriot, recordando la felicidad de que se prometía gozar cuando viniera á la nueva casa. Eugenio manifestó que era necesario transportar en seguida al buen viejo, por si caía enfermo, y dejó á Delfina para correr á casa de la viuda de Vauquer. Ni el tío Goriot, ni Bianchon se hallaban á la mesa.

— Hay novedad en la casa; el tío Goriot está hecho una lástima, dijole el pintor. Bianchon está con él allá arriba. El buen hombre recibió la visita de una de sus hijas, la condesa de Restaurama. Después quiso salir, y su enfermedad ha empeorado. La sociedad va á verse privada de uno de sus más bellos ornamentos.

Rastignac se precipitó hacia la escalera.

— ¡Eh! señorito Eugenio, señorito Eugenio, la señora le llama á usted, gritó Silvia.

— Señor mío, le dijo la viuda, el señor Goriot y usted debían de haberse marchado el 13 de febrero. Hace ya tres días de esto, porque estamos á 18; debe usted pagarme un mes por usted y otro por él; pero, si quiere usted salir fiador el tío Goriot, me basta la palabra de usted.

— ¿Por qué? ¿No le inspira á usted confianza?

— ¡Confianza! Si se le va la cabeza y se muere, sus hijas no han de darme un céntimo, y todo lo que deje

no vale ni diez francos. Esta mañana se ha llevado, no sé por qué, sus últimos cubiertos. Se vistió como un pollo, y hasta, ¡Dios me perdone! creo que se dió colorete. Estaba rejuvenecido.

— Yo salgo fiador, dijo Eugenio, estremeciéndose de horror y previendo una catástrofe.

Subió al cuarto del tío Goriot. Éste yacía en su lecho; junto á él estaba Bianchon.

— ¡Buenos días, padre! dijo Eugenio.

Sonrióle el viejo afablemente y respondió, volviendo hacia él sus ojos, ya velados:

— ¿Ella cómo está?

— Bien, ¿usted?

— No estoy mal.

— No le cansés, dijo Bianchon, llevando á Eugenio á un rincón del cuarto.

— ¿Y qué? le dijo Rastignac.

— Sólo un milagro puede salvarle. La congestión serosa ha sobrevenido. Tiene puestos unos sinapismos, y afortunadamente los siente y le hacen efecto.

— ¿Se le puede transportar?

— Imposible. Hay que dejarle donde está, evitándole el menor movimiento físico y la emoción más insignificante...

— Mi buen Bianchon, dijo Eugenio, entre los dos le cuidaremos.

— He avisado al médico primero de mi hospital.

— ¿Qué ha dicho?

— Mañana por la noche nos dará su opinión. Me ha prometido volver cuando termine sus quehaceres de costumbre. Por desgracia este viejo estafalario ha

cometido esta mañana una imprudencia, acerca de la cual nada quiere decir. Es más terco que una mula. Cuando le hablo, finge que no me oye y que está dormido, para no contestarme, ó si tiene los ojos abiertos se pone á gimotear. Esta mañana ha salido y ha ido á pie no sé adónde, llevándose todo lo que poseía de algún valor; ha ido á algún asunto endemoniado que le ha consumido más fuerzas de las que le quedaban... Ha venido una de sus hijas.

— ¿La condesa? dijo Eugenio. Una morena, alta, de ojos vivos, elegante, pie bonito y cintura esbelta?

— Sí.

— Déjame solo un momento con él, dijo Rastignac. Voy á confesarle; á mí me lo dirá todo.

— Pues iré á comer mientras tanto. Pero ten cuidado de no fatigarle mucho; aun conservamos alguna esperanza.

— Así lo haré.

— ¡Cuánto se divertirán mañana! dijo á Eugenio el tío Goriot cuando estuvieron solos.

Van á un baile espléndido.

— ¿Qué demonios ha hecho usted esta mañana, papá, que ha tenido usted que acostarse?

— Nada.

— ¿Ha venido Anastasia?

— Sí, replicó el tío Goriot.

— Pues no me oculte usted nada. ¿Qué más le ha pedido á usted?

— ¡Ah! exclamó reuniendo todas sus fuerzas para hablar; ¡qué angustiada estaba la pobre! Desde la cuestión de los diamantes, Nasia no tiene un céntimo.

Había encargado para este baile un vestido bordado que había de sentarle á las mil maravillas. Pero la muy infame de su costurera no ha querido fiarle, de modo que su doncella ha tenido que entregar mil francos á cuenta. ¡Pobre Nasia, haber llegado á ese extremo! Se me desgarró el corazón. Pero, viendo la doncella que Restaud retiraba á Nasia toda su confianza, ha temido quedarse sin el dinero y se ha puesto de acuerdo con la costurera para no entregar el vestido si antes no la devuelven los mil francos. El baile es mañana y el vestido está acabado. Nasia está desesperada y me ha pedido los cubiertos para empeñarlos. Su marido quiere que vaya á ese baile para que todo París vea en su cabeza los diamantes, de cuya venta se ha hablado. ¿Puede acaso decir á ese monstruo: « Debo mil francos, páguelos usted? » No; y así lo he comprendido. Su hermana Delfina se presentará con un prendido soberbio, y Anastasia, que es la mayor, no puede ser menos que la otra. ¡Lloraba tanto mi pobre hija! Tan humillado me sentía yo por no haber tenido ayer los doce mil francos, que hubiera dado lo que me queda de mi pobre vida miserable para rescatar tamaña culpa. Había tenido fuerzas para resistir á todo lo demás, pero vea usted lo que son las cosas, el no poder disponer de dinero en esta última ocasión me ha destortalado por completo. ¡Bueno! pues no me arrendré. Me arreglé y emperifollé, vendí hebillas y cubiertos por valor de seiscientos francos y empeñé por un año al judío Gobseck mi título de renta vitalicia en cuatrocientos francos al contado. ¡Bah! Comeré pan; cuando era joven me bastaba, y ahora me bastará tam-

bién. Al menos mi hermosa Nasia estará rozagante y pasará una buena noche. Aquí, bajo mi almohada tengo el billete de mil francos. Me reanima la sangre el tener aquí, bajo mi cabeza, algo que le ha de agradar á mi Nasia. Así podrá despedir á esa bribona de Victoria. ¿Dónde se han visto unas criadas que no tienen confianza en sus amos? Mañana ya estaré bueno. Nasia viene á las diez. No quiero que crean que estoy malo, porque se quedarían á cuidarme y no irían al baile. Nasia me abrazará mañana como un hijo, y sus caricias me curarán. Y finalmente, ¿no hubiera yo gastado mil francos en medicamentos? Pues prefiero dárselos á Nasia que es mi *Sánalo todo*. Al menos la serviré de consuelo en su miseria, y con eso pago la falta que cometí al haber invertido mi dinero en renta vitalicia. La pobre está en el fondo del abismo y yo carezco de fuerzas suficientes para sacarla de él. Nada; volveré á mi comercio. Iré á Odessa á comprar granos, porque allí los trigos valen tres veces menos que en Francia, y si bien es verdad que la introducción del trigo está prohibida, esos pobres diablos que hacen las leyes no han pensado en prohibir que se introduzcan los productos fabricados con ese mismo trigo. ¡Je, je! ¡Eso se me ha ocurrido á mí esta mañana!... Sólo con los almidones se pueden hacer grandes negocios.

— ¡Está loco! dijo Eugenio mirando al anciano. Vamos, no se agite y no hable...

Bajó Eugenio á comer cuando subió Bianchon. Luego, ambos pasaron la noche al cuidado del enfermo, turnando; el uno estudiaba medicina y el otro escribía á su madre y hermanos. Al día siguiente, los sínto-

mas que se declararon en el enfermo fueron, según Bianchon, de buen agüero; pero exigían continuos cuidados de que sólo los dos estudiantes eran capaces, y para narrar los cuales es imposible comprometer la pudibunda fraseología de la época. A las sanguijuelas aplicadas al empobrecido cuerpo del pobre hombre, acompañaron cataplasmas, baños de pies y otros procedimientos médicos, para realizar los cuales fueron por cierto necesarias la fuerza y la abnegación de los dos jóvenes. Anastasia no apareció, sino que envió á buscar el dinero por un mozo.

— Creía que vendría en persona. Pero no lo siento, porque así no se ha molestado, dijo el padre mostrándose contento de ello.

A las siete vino Teresa á traer una carta de Delfina:

« ¿Puede saberse lo que está usted haciendo, amigo mío? ¿Seré desdeñada á poco de amada? En nuestras íntimas conferencias de corazón á corazón, me ha mostrado usted un alma demasiado hermosa, para no ser de los que siempre permanecen fieles al notar qué diversidad de matices realzan á los sentimientos. Según usted mismo dijo escuchando la *Plegaria de Moisés*: « Para unos no tiene más que una nota; para otros » es el infinito de la música ». Piense usted que le espero esta noche para ir al baile de la señora de Beauseant. Ya se sabe que el contrato matrimonial del marqués de Ajuda ha sido firmado esta mañana en palacio; y hasta la dos de la tarde no ha tenido noticia de ello la pobre vizcondesa. Todo París concurrirá á su casa, como concurre la gente á la plaza de Grève en día de

ejecución capital. ¿Verdad que es cosa horrible ir á ver si esa mujer logra disimular su dolor y sabe morir bien? No iría yo ciertamente, amigo mío, si ya hubiese sido recibida antes en su casa; pero seguramente no volverá á dar más reuniones, de modo que los esfuerzos que para visitarla he hecho se malograrían todos. Mi situación difiere mucho de la de los demás, sin contar con que también voy porque usted va. Le espero á usted. Si dentro de dos horas no me está usted haciendo compañía, no sé si le perdonaré semejante traición. »

Rastignac tomó una pluma y contestó de esta manera:

« Espero al médico para saber si su padre de usted ofrece esperanzas de vida. Actualmente está moribundo. Iré á llevar á usted la sentencia, que mucho temo sea de muerte. Usted verá entonces si debe ó no ir al baile. Mil cariños. »

A las ocho y media vino el médico, y no le pareció que fuera inminente el desenlace. Anunció que tendría alivios y recaídas alternativamente, dependiendo de ellas la razón y la vida del enfermo.

— Mejor le fuera morir en seguida, dijo en conclusión el doctor.

Confió Eugenio al tío Goriot á los cuidados de Bianchon, y marchó á llevar á la señora de Nucingen las tristes noticias que, á juicio de él, que todavía creía en los deberes que impone la familia, obligaban á suspender todo regocijo.

— Dígale usted que no deje de divertirse por eso, gritó el tío Goriot, que parecía sumido en sopor, pero que se incorporó en la cama al ver salir á Rastignac.

Realmente afectadísimo se presentó el joven á Delfina, y la halló peinada y calzada, faltándole sólo ponerse el vestido de baile. Pero, semejante á las pince-ladas con que dan por terminados sus cuadros los pintores, los últimos toques exigían más tiempo que el necesitado para el fondo mismo del lienzo.

— ¿Cómo, no está usted vestido?

— Pero, señora, su padre de usted...

— ¡Otra vez mi padre! exclamó interrumpiéndole.

No pretenderá usted enseñarme lo que á mi padre debo. Hace tiempo que conozco á mi padre. Ni una palabra más, Eugenio. Hasta que no se me presente usted vestido no le escucharé. Teresa lo ha dejado todo preparado en casa de usted; mi coche está listo, tó-melo, y vuelva en seguida. Camino del baile hablare-mos de mi padre. Es preciso ir temprano, porque si tenemos que formar en la fila de coches, nos daremos por contentos si entramos en él á las once.

— Señora...

— Vaya usted; ni una palabra más, contestó, co-ririendo á su tocador para tomar un collar.

— Vaya usted, señorito Eugenio, que va usted á hacer que se enfade la señora, dijo Teresa empujando al joven, espantado de aquel elegante parricidio.

Fué á vestirse, haciendo las más tristes y desconsoladores reflexiones. Pareciale el mundo un océano de lodo en el que un hombre se hundía hasta el cuello si se aventuraba á mojar un pie en él.

« En él sólo se cometen crímenes mezquinos, pen-saba. Vautrin es más grande. »

Había visto las tres grandes expresiones de la so-ciedad: la Obediencia, la Lucha y la Rebelión; esto es, la Familia, el Mundo y Vautrin. No se atrevía á deci-dirse. La Obediencia le era enojosa, la Rebelión impo-sible y la Lucha incierta. El pensamiento trasladóle al seno de su familia. Recordó las puras emociones de la vida tranquila y los días pasados en compañía de los seres que le amaban. Ateniéndose á las leyes natura-les del hogar doméstico, aquellos seres queridos halla-ban en él una felicidad completa, continua y sin an-gustias. A pesar de todos estos buenos pensamientos, sintióse sin fuerzas para confesar ante Delfina de Nu-eingen la fe de las almas sanas, ordenándole la virtud en nombre del amor. Su comenzada educación iba dando los naturales frutos. Ya amaba de un modo egoísta. Su tacto le había permitido conocer la natu-raleza del corazón de Delfina; presentía que era capaz de pasar sobre el cuerpo de su padre para ir al baile, pero carecía de energía para convencerla, de valor para desagradarle y de virtud para dejarla. Comentó las palabras de los médicos, complaciéndose en pensar que el tío Goriot no estaba tan peligrosamente enfermo como creían, y hasta inventó mil traidores argumen-tos para justificar la conducta de Delfina: que no co-nocía el estado en que se hallaba su padre; que éste mismo, si la viera, la obligaría á ir al baile; que con frecuencia la ley social, implacable en su fórmula, pronuncia fallo condenatorio en circunstancias en que el crimen aparente se explica por las innumerables

modificaciones que introducen en el seno de las familias la diferencia de los caracteres y la diversidad de los intereses y de las situaciones. Quería Eugenio enseñarse á sí mismo : estaba dispuesto á sacrificar su conciencia á su amante. Desde hacía dos días, todo en su vida había cambiado. La mujer la había trastornado, eclipsando á la familia y confiscándolo todo en provecho propio. Rastignac y Delfina habíanse encontrado en condiciones apropiadas para proporcionarse mutuamente los más vivos placeres. Su pasión, bien dispuesta para ello, habíase agigantado por lo que mata las pasiones, por la posesión. Al poseer á aquella mujer, comprendió Eugenio que hasta entonces no había hecho más que desearla. Sólo la amó después de ser dichosa ; quizá no es el amor sino la gratitud del placer sentido. Infame ó sublime, adoraba á aquella mujer por las satisfacciones sensuales que como dote le aportó él, y por todas aquellas que de ella había recibido ; así como Delfina amaba á Rastignac cual Tántalo amara al ángel que hubiera bajado á satisfacer su hambre ó á apagar la sed de su seca garganta.

— ¿Cómo está mi padre? le preguntó la de Nucingen cuando le vió de vuelta y vestido de baile.

— Muy mal, respondió, y, si usted quisiera darme una prueba de su cariño, iríamos á verle.

— Bueno, sí, pero después del baile. Mi buen Eugenio, sé amable, no me sermonees ; vámonos.

Y se fueron.

Eugenio guardó silencio durante una parte del camino.

— ¿Qué tiene usted? preguntó Delfina.

— Oigo el estertor de su padre de usted, respondió con tono de enfadado.

Y se puso á contar con la elocuencia ardiente de los pocos años la feroz acción á que la vanidad había arrastrado á la condesa de Restaud, la crisis mortal que el último acto de abnegación del padre había producido, y lo que le costaría el vestido bordado de Anastasia. Delfina lloraba.

— Voy á ponerme fea, pensó.

Sus lágrimas se secaron.

— Iré á cuidar á mi padre y no me apartaré de su cabecera, dijo en voz alta.

— ¡ Ah ! ¡ así te quería yo ! exclamó Rastignac.

Los alrededores del hotel de Beauseant estaban iluminados por los faroles de quinientos coches. A cada lado de la puerta veíase un gendarme á caballo. Tan gran golpe de gente distinguida acudía á la fiesta, tal ansia manifestaban todos de presenciar la caída de aquella mujer tan encumbrada, que las habitaciones de la planta baja del palacio estaban llenas cuando llegaron Delfina y Rastignac. Desde los tiempos en que toda la corte invadió el palacio de aquella princesa á la que Luis XIV arrebató el amante, no se recordaba desastre amoroso de tanto ruido como el de la vizcondesa de Beauseant. En esta circunstancia mostróse la última representante de la casi real casa de Borgoña superior á su desgracia, y hasta el último momento dominó á la sociedad cuyas vanidades sólo había aceptado para hacerlas contribuir al triunfo de su pasión. Las mujeres más hermosas de París animaban los salones con sus sonrisas. Los hombres más distin-